CREER 23: Paz

Pastor Larry Courson

Peace Lutheran Church, Ann Arbor, MI

22 de febrero de 2015

La paz es algo muy esquivo. Al final de un largo día puede que desees unos minutos de paz y tranquilidad. Es más fácil decirlo que hacerlo cuando suena el teléfono, los niños no se calman y se van a la cama, o tu cónyuge te dice: «tenemos que hablar». ¿Cómo consigues un rato de paz cuando no puedes apagar tu mente y dormir o te despiertas en mitad de la noche y no puedes sacarte algo de la cabeza? ¿Qué es la paz cuando sabes que has hecho algo mal y tienes miedo de que te pillen? ¿Tendremos alguna vez paz en un mundo que está siendo destrozado por el terrorismo radical islámico o en nuestra nación en la que los dos principales partidos políticos están en constante conflicto?

Hoy queremos echar un vistazo a la tercera virtud o característica de la vida del cristiano. Hace dos semanas vimos el amor como el de Cristo: un amor incondicional, sacrificial y perdonador. La semana pasada saltamos por el gozo que tenemos en el Señor y que es independiente de nuestras circunstancias actuales porque está edificado en nuestra relación con Dios. La paz es la tercera característica de la vida del cristiano y el tercer resultado de que el Espíritu de Dios viva en nosotros. El regalo de Dios de la paz no es tan sólo la ausencia de la guerra o el conflicto. La paz de Dios viene al saber que Él está con nosotros en las tormentas de la vida.

Todos hemos visto fotos como esta en nuestra televisión, en nuestra computadora, en nuestro teléfono inteligente, o nuestros cuadernos. Es una foto tomada por un radar meteorológico con una advertencia de tormenta en el condado de Washtenaw. No nos gusta verlas, especialmente cuando recordamos que el mes que viene hace tres años que el área de Dexter fue víctima de múltiples tornados. A veces debemos enfrentar tormentas repentinas e inesperadas en las que podemos quedarnos atrapados. Tal vez has estado atrapado por una tormenta de nieve inesperada o que era más grande de lo esperado. Tal vez la carretera delante de ti fue cortada por vientos que tiraron cables de alta tensión o árboles. Pero algunas de las tormentas que enfrentamos en la vida no tienen nada que ver con el clima, y no todas vienen después de una advertencia. Muchas tormentas inesperadas pueden surgir de repente e interferir en nuestra paz. Pueden venir en forma de relaciones rotas o dañadas, enfermedades, accidentes, o la muerte de un ser querido, la pérdida de un trabajo o una crisis financiera, o una sobrecogedora sensación de culpa.

Piensa en el rey David, el segundo rey de Israel. A David se le describe como «un hombre conforme al corazón de Dios». Dios mandó al profeta Samuel a la casa de David para ungirlo como el siguiente rey. Después de que David se convirtió en rey y estableció Jerusalén como su capital, se construyó un palacio para él mismo desde el que se podía ver toda la ciudad. David era un guerrero. Pero una vez, cuando sus soldados estaban en la batalla, David se quedó en casa. Puede que estuviera preocupado o simplemente aburrido. Salió a caminar sobre el terrado y contempló la ciudad, y vio a una preciosa mujer joven bañándose. Las nubes de tormenta comenzaron a aparecer. David invitó a esta mujer al palacio, la dejó embarazada, e intentó encubrir la aventura. No funcionó. Después de ser confrontado por el profeta Natán por su pecado y arrepentirse, David escribió estas palabras en Salmos 32.3 (NTV). «Mientras me negué a confesar mi pecado, mi cuerpo se consumió, y gemía todo el día». David no tenía paz en su vida antes de arrepentirse.

Entonces, ¿qué es la paz y cómo la podemos obtener? La paz es un regalo de Dios. Jesús dijo: «La paz les dejo; mi paz les doy» (Juan 14.27). La paz que da Dios no es la paz pasajera del mundo. No es la paz temporal que encontramos al intentar escapar de nuestros problemas con drogas, o alcohol, o al apagar las noticias en televisión. La paz que Dios nos da es la paz que viene al tener una relación correcta con Él. El apóstol Pablo escribió: «tenemos paz con Dios gracias a lo que Jesucristo nuestro Señor hizo por nosotros» (Romanos 5.1, NTV). El profeta Isaías dijo que el Mesías prometido sería el «príncipe de paz». La noche que nació Jesús, el ángel del Señor anunció a los pastores de Belén: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lucas 2.14, RVR-1960)

La paz de Dios viene al saber que Dios nos ama y nos perdona. No necesitamos vivir en temor a que nuestro pecado, culpa y vergüenza sean expuestos y seremos condenados por lo que hemos hecho mal. No tenemos que tener miedo a que un Dios enojado nos juzgará y nos condenará. Jesús pagó el precio por nuestros pecados en la cruz. Somos perdonados. No hay nadie que nos pueda condenar, nadie puede acusarnos de nada. Ya que somos perdonados por Dios, nuestra relación con Él ha sido restaurada. La paz de David fue restaurada después de que confesó sus pecados. David escribió acerca de su experiencia. «Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: “Voy a confesar mis transgresiones al Señor”, y tú perdonaste mi maldad y mi pecado» (Salmos 32.5).

Ya que tenemos la paz de Dios, podemos vivir en paz con Dios, con otros, e incluso con nosotros mismos. La paz que tenemos con Dios se encarga de nuestro pasado, nuestros pecados son perdonados. No tenemos que tener miedo a hablar con Dios. Tenemos acceso a Dios ahora mismo y podemos traer ante Él nuestras oraciones, nuestra alabanza y nuestras preocupaciones. Y tenemos la promesa de vivir en la paz de Dios para siempre.

Ya que tenemos la paz de Dios, también podemos trabajar para restaurar la paz con las personas en nuestra vida. Jesús nos anima a vivir en paz unos con otros. Jesús dijo: «Por lo tanto, si presentas una ofrenda en el altar del templo y de pronto recuerdas que alguien tiene algo contra ti, deja la ofrenda allí en el altar. Anda y reconcíliate con esa persona. Luego ven y presenta tu ofrenda a Dios» (Mateo 5.23–24). La paz de Dios transforma nuestras relaciones los unos con los otros. De la misma forma en que Dios restauró la paz con nosotros paso a paso, puede que nosotros tengamos que tomar la iniciativa para restaurar la paz los unos con los otros. A veces la otra persona no está dispuesta a unirse a nuestro esfuerzo de hacer las paces, pero debemos intentarlo. Pablo escribió: «Hagan todo lo posible por vivir en paz con todos» (Romanos 12.18, NTV).

Estoy agradecido de que ese siempre ha sido el caso aquí en Peace. Puede que no siempre estemos de acuerdo en todo. La unidad en fe no es lo mismo que la uniformidad en pensamiento. Una discusión buena y sana puede ayudarnos a tomar la decisión correcta y entender mejor lo que Dios quiere que hagamos. Dios nos da diferentes opiniones y perspectivas para que podamos tomar decisiones sabias y trabajar juntos por el bien de todos. Pero siempre hemos podido hablar acerca de nuestras diferencias, orar para recibir la dirección de Dios, y vivir en paz. Mi oración es que este siempre sea el caso.

Finalmente, podemos aprender a vivir en paz con nosotros mismos. No tenemos por qué vivir en el mundo de «podría haber o debería haber». Ya que Dios nos ama y nos perdona, podemos amarnos y perdonarnos a nosotros mismos. La paz de Dios viene al aceptar su invitación a pedirle ayuda en las tormentas de la vida. Las tormentas llegarán. Pero la paz viene cuando sabemos que el Señor está con nosotros. Ese es el mensaje del versículo clave de hoy. «No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4.6–7). Amén.